

## *Oración al Santísimo Cristo de la Buena Muerte.*

*Primer día de quinario, 27 de febrero de 2024.*

Te amaré Señor, con todo mi corazón, con toda mi alma, y con todo mi ser.

Aquí estoy Padre, frente a Ti. Me pongo en tus manos, como cada día, para que guíes mi oración. Ilumina cada una de mis palabras, y pon en mi boca todo lo que yo no soy capaz de expresar. Que todo aquello que diga no salga de mi mente, sino de mi corazón, pues es donde Tú habitas, Señor. Dame la serenidad para callar, afinar el oído, y permitir que me hables. Hay tantos ruidos en mi cabeza, tanta distracción ahí afuera, que no son más que barreras para conseguir escuchar aquello que tanto deseas decirme. Necesito silencio, únicamente silencio para sentir que me acompañas en este momento... Habla, que tu sierva escucha.

Te miro, Cristo de la Buena Muerte, y no sé qué decir. ¿Por qué enmudezco al contemplarte? No comprendo lo que pasa en mi interior cuando dirijo mis ojos hacia Ti. ¿Por qué no soy capaz de aguantar la mirada más de un segundo? Me invade en el alma un enorme respeto. Porque, poner mi mirada ante tu rostro, es tener el encuentro con Dios tallado a la perfección. Es sentir que tengo frente a mí, a la viva imagen de Jesús, la verdadera representación de Dios en la Tierra. Y es que, viéndote en la cruz, abandonado de todos, habiendo entregado tu vida por nosotros ... se suma en mi interior el sentimiento de miedo: ¿sería capaz de entregar mi vida tal y como Tú hiciste por mí? ¿lograría dar mi vida por Ti? Aquí a tus pies, me siento frágil, frente a la grandeza que muestras. Tus brazos, abiertos, sujetos por los clavos, tu rostro dormido y en paz tras todo lo sufrido en el calvario... ¿quién soy yo para que hayas hecho esto por mí?

Pero la respuesta a todas estas dudas se encuentra ante mí. Basta con alcanzar TU AMOR; pues es la razón por la que viniste al mundo. Es la razón por la que te conviertes en alimento para saciar mi sed de Ti cada día. Es la razón de tu Buena Muerte. Sé con certeza que mi vida la recorro junto a Ti, trazando un camino cuya meta es llegar a tu amor. Para así lograr amarte con todo mi corazón, con toda mi alma, y con todo mi ser. Por eso, todo lo que haga, diga, prometa, consiga... será por causa tuya. De esta manera, frente a Ti, apreciando tu belleza, ya no existe el miedo, reina la esperanza. Frente a Ti, el respeto se convierte en una profunda admiración. Frente a Ti... frente a Ti no existe nada más.

En este tiempo de Cuaresma, busco que mi corazón se transforme, es tiempo de conversión, de renuncia, de ofrecirme a Ti en todos los aspectos de mi vida... Viniste a este mundo para salvarme, a mí y a mis hermanos. Te hiciste hombre para liberarme de mi pecado. Ya sabes, Padre, que me cuesta acudir a Ti arrepentida, y te confieso haber pecado, por crearme autosuficiente, por darle más valor a mis palabras que a las tuyas. Me presento ante Ti suplicando tu perdón, por justificarme en días que no acudo a tu llamada, por convencerme de obrar en tu nombre y sin embargo mi acción no salía del corazón... Perdóname Padre, por cualquier pensamiento o palabras que haya dicho, contrario a lo que me enseñas, y que ha aumentado el peso de la cruz que cargas por mí. Te ruego tu perdón, por poner la vista a otro lado cuando sé que he actuado de manera

distinta a la que me sueñas. Perdón, Dios mío. Tú eres la VERDAD misma, la RAZÓN misma y el AMOR mismo.

Y es que... te veo en la cruz clavado...de manos y pies... consciente de que algunos golpes que recibieron esos clavos, algunos golpes fueron míos. Por eso te ruego alcanzar ese perdón, ese abrazo eterno que me ofreces, lleno de misericordia, para así poder sanar mi corazón, mi alma y mi ser.

Cristo de la Buena Muerte...

Sufriste humillación, confiando en la voluntad del Padre.

Sufriste traición y negación de tus discípulos, a quienes tanto amabas.

Fuiste burlado, abofeteado, azotado... pero siempre confiando en la voluntad del Padre.

Te crucificaron, te dejaron morir... con la fe depositada en el Padre.

Desde hace dos semanas, rememoro eso que tanto sufriste. Son cuarenta días en los que te glorifico, recordando que nadie jamás hará semejante acto de amor por mí.

Pero ¿por qué recordarlo sólo durante cuarenta días? ¿por qué se reduce a unas pocas semanas? Me diste esa lección de vida, esa lección de entrega y no siento que sólo tenga que recordarla en este tiempo de Cuaresma. Yo deseo seguirte, escuchar tu Palabra, contemplarte en silencio, adorarte, recibirte... todos los días de mi vida. Así como Tú entregaste mi vida por mí, no soy capaz de guardarme este regalo solo en cuarenta días. Este don que me concedes no merece ser escondido. Deseo seguir tu camino, pero no un camino de cuarenta etapas, sino de una vida entera. Esa es mi manera de devolverte ese amor, porque, Señor, no encuentro otra forma.

Ayúdame Dios mío, a dar testimonio tuyo. Ser luz, ser sal, ser instrumento de tu amor. Lléname de tu Espíritu para poder construir tu Reino. Te pido Señor, vivir una vida a tu servicio. Haz de mi la mejor de tus vasijas, porque todo mi ser es obra tuya.

Y por último permíteme Señor, que dirija mi mirada a tu madre. Ella te acompañó hasta el último momento y se mantuvo fiel a los pies de tu cruz. De esa misma manera me encuentro yo hoy, frente a Ti.

María, tú que siempre tuviste fe, dame la fuerza para llevar a cabo la misión que el Señor tiene para mí.

Virgen de la Angustia...

*Que en este camino,  
tu mano me lleve,  
tu luz me guíe,  
y tu corazón me sostenga.*

Que así sea.

Ana Sánchez-Alfarache Giner